

EL CONCEPTO DE TIRANO EN ARISTOTELES Y MACHIAVELLO

ALFONSO ANSIETA NUÑEZ
Universidad Católica de Valparaíso

El poder siempre ha ejercido una fascinación especial sobre los hombres; para lograrlo han recurrido a través de la historia, a los más variados métodos, desde la fuerza de las armas, las intrigas, los crímenes políticos, hasta la movilización ideológica de las masas. Para algunos constituye un medio, una herramienta, para lograr la transformación de la sociedad en su eterno caminar hacia la felicidad o hacia una mejor vida en la tierra; para otros en cambio representa el embrujo del dominio sobre los demás, del sojuzgamiento del pueblo bajo su voluntad, en otras palabras, del poder por el poder.

Para Aristóteles “buscar el poder por todos los medios, no sólo justos, sino inicuos, es trastornar todas las leyes, porque el mismo triunfo puede no ser justo” (La Política — Libro IV Cap. II). Más adelante señala, partiendo de la base de que “todos convienen en que lo que debe buscarse esencialmente en la vida es la virtud”, que “el que ha comenzado por violar las leyes de la virtud jamás podrá hacer tanto bien como mal ha hecho primeramente” (Libro IV - Cap. III).

Lo anterior nos lleva a examinar el problema de los medios y de los fines; o sea, si en aras de lograr la felicidad del pueblo, el establecimiento del bien común y de la justicia, se justifica lograr el poder a través de medios inicuos. Porque es posible que todos estén de acuerdo en el objetivo final, aun cuando la visión de la justicia, del bien común y de la virtud sea diferente para cada uno, y por consiguiente el empleo de los medios para lograr dicho objetivo esté en relación con la respectiva visión de tal finalidad.

¿Qué relación existe o debe existir entre la ética y la política? ¿Son acaso conceptos autónomos que corren por caminos separados, o debe haber alguna subordinación de la política a la ética, o viceversa?

Según Aristóteles, aun cuando reconoce que la virtud del ciudadano puede ser distinta de la del hombre privado, aquel que reúne la doble virtud del buen ciudadano y la del hombre de bien es aquel magistrado que sea digno del mando que ejerce y que “es a la vez virtuoso y hábil; porque la habilidad no es menos necesaria que la virtud para el hombre de Estado”. También ha señalado que en la “república perfecta la virtud cívica deben tenerla todos, puesto que es condición indispensable de la perfección de la ciudad” (Cap. II - Libro III - La Política).

Dentro de la visión aristotélica, la finalidad última del hombre o su objetivo en la vida es el Bien y el supremo Bien del hombre es lograr la Felicidad. Ahora, la ciencia que estudia el supremo Bien del hombre, es la política. De ahí que en su obra La Política, Aristóteles analice el Estado como una asociación política a la que tienden los hombres naturalmente en búsqueda del Bien común, que es la unión de sus miembros para lograr la felicidad, y establecer la justicia.

Sin embargo la desigual naturaleza humana produce a su vez diversas formas de asociación y trae como consecuencia que los Estados se organicen de diferente manera. La tarea de la política será entonces la de encontrar la mejor forma de Estado. Tomando como base la experiencia histórica, clasifica los Estados en dos grandes grupos: los sanos o justos y los degenerados o corrompidos. Dentro de los primeros están la monarquía, la aristocracia y la democracia; sus respectivas desviaciones o degeneraciones son la tiranía, la oligarquía y la demagogia.

Nos referiremos exclusivamente a la tiranía por ser el objeto de este estudio.

La tiranía, según su definición es la monarquía que sólo tiene por fin el interés personal del monarca (Cap. V - Libro III). Más adelante la califica como el más funesto de los sistemas para los súbditos, porque está formada de dos malos gobiernos, al componerse de los elementos de la oligarquía extrema y de la demagogia, reuniendo así las faltas y vicios de ambos (Cap. VIII - Libro VIII).

De esta manera, cuando el uso del poder por el gobernante se transforma en abusivo y violento, cuando sólo atiende su interés personal, sin preocuparse del bien general, nos encontramos con una desviación total del deber-ser aristotélico, ya que no sólo los medios, sino también los fines estarían en contraposición con la moral del magistrado virtuoso que preconiza Aristóteles, en las

formas puras de gobierno y sus múltiples variantes derivadas de las formas mixtas producto de las anteriores.

Se desprende de todo lo anterior que para Aristóteles la Política debe estar subordinada a la Ética, ya que los principios morales que deben inspirar tanto al ciudadano virtuoso como al gobernante virtuoso forman parte no sólo de la finalidad de la ciudad perfecta, sino que también de los medios e instrumentos utilizables para lograr dicho fin.

Basado siempre en la experiencia histórica, Aristóteles describe diversas características de las tiranías y los medios y formas que utilizan para mantenerse en el poder y prolongar así el régimen despótico. En este sentido, el Libro VIII, capítulo IX, constituye un interesante cuadro de las acciones que lleva a cabo el tirano para mantenerse en el poder. Todas ellas, que las describe con cierta acuciosidad, Aristóteles las califica de “profundamente perversas”.

Sin embargo, hay momentos en que de su lectura pareciera desprenderse que el gran filósofo le estuviera dando consejos al tirano acerca de cómo mejor actuar para no dejarse arrebatar el poder. Es cierto que al comienzo de este capítulo señala que las tiranías se sostienen de dos maneras absolutamente opuestas, resumiendo la primera forma en tres puntos de vista que son los fines permanentes de las tiranías: primero, producir el abatimiento moral de los súbditos; segundo, producir la desconfianza de unos ciudadanos respecto de otros y tercero, provocar la extenuación y el empobrecimiento de los súbditos.

Es cuando se refiere a la segunda manera que tienen las tiranías para sostenerse en el poder, que nos encontramos con diversos consejos que le permitan al tirano aparecer “ante sus súbditos no como déspota sino como un administrador, como un rey; no como un hombre que hace su propio negocio, sino como un hombre que administra los negocios de los demás”. En otras palabras, se descubre en esta parte de su obra un contenido pragmático y una desconexión con los principios éticos a los cuales debe estar subordinada la política, así como una aparente contradicción con su anterior repudio a las formas tiránicas de gobierno. En efecto, todas sus recomendaciones en esta parte del capítulo están orientadas a que el tirano se presente ante su pueblo vestido con otro ropaje, el del buen gobernante que realmente se preocupa de sus súbditos, aunque en la práctica haga todo lo contrario. Lo importante es disfrazar la imagen, aparen-

tar virtudes que no se tienen, una prudencia y una moral de la que se carece.

Es evidente en este capítulo la relación con el Príncipe de Machiavello en cuanto se aconsejan los medios que aseguran el ejercicio del poder aun a pesar de la voluntad general¹.

Es así como en el Capítulo XVIII del Príncipe, Machiavello expresa que “No hace falta que un príncipe posea todas las virtudes de que antes hice mención, pero conviene que aparente poseerlas. Hasta me atrevo a decir que si las posee realmente, y las practica de continuo, le serán perniciosas a veces, mientras que, aun no poseyéndolas de hecho, pero aparentando poseerlas, le serán siempre provechosas”.

Mencionaremos a continuación algunos de los consejos que Aristóteles da a los tiranos²:

Como punto esencial señala que hay que tener siempre la fuerza necesaria para gobernar, no sólo con el asentimiento público, sino a pesar de la voluntad general. Deberá aparentar que se ocupa de los intereses públicos y que los recursos que recibe de sus súbditos los emplea en beneficio de todos y no para incrementar su fortuna personal. No debe ser inaccesible para sus súbditos, guardando las formas en tal sentido que inspire respeto y no temor. Debe guardarse de insultar a la juventud y a las mujeres, agregando respecto de estas últimas que las “querellas femeninas han perdido a más de algún tirano”. Deberá procurar con el mayor esmero dar pruebas de una piedad ejemplar, ya que el pueblo no temerá tanto sus injusticias si se convence por sus demostraciones externas del profundo espíritu religioso que lo anima.

En otras palabras, el tirano debe dar la apariencia de virtuoso aunque en realidad sea vicioso, si pretende conservar el poder; pero

¹ Luis A. Arocena señala lo siguiente: “La idea de que más le conviene al príncipe aparentar que poseer ciertas virtudes, que tenerlas y ejercitarlas efectivamente, pudo Machiavello tomarla de Aristóteles, quien, al referirse a los recursos mediante los cuales los tiranos pueden conservar el poder, destaca la necesidad de simular la posesión de capacidades y calidades morales”. Maquiavelo, *El Príncipe* — Ed. Crítica de Luis Arocena. Madrid 1955. Cap. XVIII - Nº 8 y 9. Pág. 378. (Compárese a Aristóteles. V. 11 13146).

² Libro VIII - Cap. IX - La Política - Págs. 254 y 255. Undécima Edición Colección Austral - Espasa - Calpe S. A.

a pesar de los métodos que use, ya sea el violento y duro o el de las apariencias que le permitan disfrazar su imagen, Aristóteles concluye que entre los gobiernos menos estables se encuentra la tiranía.

Al comienzo del Capítulo IX del Libro VIII, Aristóteles describe con cierta minuciosidad algunos de los medios que los tiranos emplean para conservar el poder hasta donde sea posible. Resulta así interesante constatar cómo a través de los tiempos se repiten los mismos métodos, cómo el tirano representa un arquetipo histórico cuya aparición constituye una constante en la vida de todos los pueblos, cualquiera que sea su ubicación geográfica, su religión y su raza.

El tirano, según esta descripción aristotélica, reprime en torno suyo toda superioridad que se levante. Esta característica no es sino la consecuencia de que el tirano no puede permitir cerca suyo a nadie que pueda hacerle sombra y que en algún momento pueda desplazarlo del poder. Tampoco el tirano puede aceptar hombres de corazón en su gobierno, por lo que se deshará rápidamente de ellos; prohibirá las asociaciones, ya que el pueblo organizado puede hacer valer sus derechos con mayor eficacia ante el tirano, siendo ésta una de las primeras medidas que aplican los tiranos cuando acceden al poder, ya que la asociación de los ciudadanos siempre constituirá un peligro potencial para sus designios y para el uso ilimitado del poder. Consecuente con esta línea, está la de sembrar la discordia y la calumnia entre los ciudadanos, para precisamente mantenerlos divididos y poder así reinar con mayor facilidad, así “como hacer lo posible para que los súbditos permanezcan sin conocerse los unos a los otros, porque las relaciones entre los individuos dan lugar a que nazca entre ellos una mutua confianza”³.

Es importantísimo además para el tirano “saber los menores movimientos de los ciudadanos, y obligarles en cierta manera a que no salgan de las puertas de la ciudad, para estar siempre al corriente de lo que hacen y acostumarles, mediante esta continua esclavitud, a la bajeza y a la pusilanimidad”. Porque “es uno menos franco cuando se teme el espionaje y si se habla, todo se sabe”⁴. Aquí encontramos el fundamento de todas las policías secretas del mun-

³ Ob. Cit. Cap. IX - Libro VIII - Pág. 251.

⁴ Id. Pág. 252.

do, que normalmente a través de la historia han sido utilizadas por los tiranos no tanto para preservar la seguridad nacional, sino más bien para mantenerse en el poder, mediante el terror y la compulsión a los ciudadanos que les paraliza e inhibe en cualquier acción que pretendan intentar en su contra.

Finalmente Aristóteles señala otra de las características del tirano, cual es la de hacer la guerra, “para tener en actividad a sus súbditos e imponerles la necesidad perpetua de un jefe militar”^{4a}.

Básicamente se distinguen dos tipos de tiranía según Aristóteles: aquellas en que el pueblo elegía a jefes absolutos que ejercían en forma despótica el poder y las que podrían considerarse tiranías propiamente tales, a las que asimila a la monarquía absoluta, la cual, “sin responsabilidad alguna y sólo en interés del señor, gobierna a súbditos que valen tanto o más que él sin consultar para nada los intereses particulares de los mismos. Este es un gobierno de violencia, porque no hay corazón libre que sufra con paciencia una autoridad semejante”⁵.

Respecto de las primeras, en tiempos muy remotos, los griegos tuvieron monarcas de este género, que se llamaban esimenetas, los que se caracterizan por ser tiranías electivas y no hereditarias, recibiendo el poder algunas veces en forma vitalicia, otras por un tiempo dado o hasta un hecho determinado.

Aristóteles cita el siguiente ejemplo respecto de los esimenetas⁶: “Así es cómo Mitilene eligió a Pitaco⁷ para rechazar a los desterrados que mandaban Antiménides y Alceo, el poeta. El mismo Alceo nos dice en uno de sus Escolios que Pitaco fue elevado a la tiranía, y echa en cara a sus conciudadanos el haberse valido de un Pitaco, enemigo de su país, para convertirlo en tirano de esta ciudad, que no siente el peso de sus males, ni el peso de su deshonra, y que, al parecer, no se cansa de tributar alabanzas a su asesino”.

4a Id pág. 252.

5 Ob. cit. - Libro VI - Cap. VIII - Pág. 184.

6 Ob. cit. Libro III - Cap. IX - Pág. 106.

7 Ob. cit. Nota del Editor en la misma Página 106: Pitaco, tirano de Mitilene hacia el año 600 antes de J.C. y uno de los siete sabios de Grecia.

Los esimenetas son comparables a los dictadores romanos que también eran elegidos por un tiempo determinado, en circunstancias extraordinarias, ante peligros graves que afectarían a la República. Estos dictadores están investidos de poderes tales que les permitan adoptar decisiones por sí mismos, sin consultar a nadie, e imponer penas sin apelación alguna, en todo lo relacionado con las situaciones de peligro para las cuales habían sido nombrados. Sin embargo, tales poderes no eran ilimitados ya que no podían ejercerse con disminución de los del Estado, ni podían por consiguiente modificar el sistema político, como por ejemplo cercenar las facultades del Senado⁸.

Según Irazusta⁹ “El peligro ocurrido en la invasión gala enseñó a los romanos a no despreciar ningún enemigo (VI 6). Comprenden que ante las guerras y sus alarmas la dirección de las cosas debía reposar en un solo hombre: régimen omniun, verum, ubi quid bellici terroris ingruat, in viro uno esset”.

Basado en ejemplos concretos de la historia, así como en la caótica situación de Italia en la segunda mitad del siglo XV y primera del XVI, Maquiavelo escribe el Príncipe con la intención de “dar reglas de conducta al gobierno de los príncipes¹⁰”.

De los consejos dados al Príncipe nuevo se desprende toda una teoría política que a diferencia de Aristóteles permite subordinar la ética a la política, proponiendo “una verdadera subversión de categorías en las esferas de la política al conceder resuelta preeminencia a los dictados de la necesidad, a la razón de Estado, en desmedro de lo ideal”¹¹.

El Príncipe debe adecuar su gestión a las circunstancias y aprovechar las coyunturas históricas para la conquista y conservación del

8 Niccolo Machiavelli - Discurso sobre la primera Década de Tito Livio Libro Primero - Cap. XXXIV - Edición Scolastiche Mondadori, 1946 - Scritti Scelti - pág. 190.

9 Tito Livio - Ed. Universitaria Bs. Aires - autor Julio Irazusta - 1968 pág. 108.

10 Maquiavelo, El Príncipe - Ed. crítica de L. Arocena - Dedicatoria pág. 294.

11 Id. pág. 95.

poder. Esta verdadera filosofía empírica o del realismo lleva a Maquiavelo a constatar que la política se rige por reglas propias, que todo lo concerniente al Estado se desarrolla dentro de “un mundo autónomo, con sus propias exigencias, leyes y finalidades”¹². Surge de aquí el concepto de la razón de Estado, la necessita que justificará cualquiera acción o método, por cruel e inhumano que sea, con tal de salvar al Estado y mantener su libertad. En sus Discursos¹³, afirma con mucha vehemencia que “cuando se trate de tomar una resolución de la que dependa por entero la salud de la patria, nadie debe detenerse en consideraciones sobre lo justo o lo injusto, lo piadoso o lo cruel, lo que puede ser plausible o ignominioso; omítase todo esto y tómese resueltamente aquel partido que salve la vida al Estado y mantenga su libertad”.

Se ha señalado que este es el concepto más original de la obra de Machiavello y que no tiene raíces en el pensamiento político clásico, sino que en la interpretación que él hizo de ejemplos históricos concretos. En esta dialéctica de los medios y de los fines, Machiavello entiende que el gobernante puede y debe, en determinadas oportunidades, utilizar todos los medios a su alcance por inmorales que sean, con tal de conservar el poder o lograr el objetivo que se propone de salvar la patria. De esta manera la traición, el desconocimiento de la palabra empeñada, el asesinato, las torturas, el arresto arbitrario, el fraude, etc., pasan a ser medios legítimos, si la finalidad perseguida es a su vez legítima.

Para Machiavello la política se desarrolla en un plano separado de la moral, constituyendo una jerarquía de valores autónoma que se rige por leyes propias, de manera tal que el Príncipe virtuoso, o sea eficaz, deberá tener presente los valores éticos como una forma de legitimar los medios que se empleen para lograrlos, medios que a su vez se pueden utilizar sobrepasando el marco de la moral y atendiendo esencialmente al estado de “necessita”, a la razón de Estado.

Su análisis de las actuaciones de César Borgia, en el que no disimula su admiración por él, que lo lleva a proponerlo como modelo,

¹² Id. pág. 97.

¹³ Discursos, Maquiavelo, Libro III - Edizioni Scolastiche Mondadori - Scritti Scelti - pág. 244.

constituye un ejemplo preciso de lo anterior. Es así como afirma lo siguiente ¹⁴: “Examinadas todas las acciones del duque, no me atrevería a censurarle nada, y sí a proponerlo, cual lo hago, como modelo a cuantos lleguen al poder por la fortuna y con armas ajenas”. Más adelante continúa: “Quien juzgue necesario en su principado nuevo asegurarse de los enemigos, ganarse amigos, vencer o por fuerza o por fraude, hacerse amar y temer de los pueblos, que los soldados le respeten y sigan, acabar con los que puedan o deban ofender, reformar con nuevas leyes el régimen antiguo, ser severo y bondadoso a la vez, magnánimo y liberal, destruir las tropas desleales y crear nuevo ejército, conservar la amistad de príncipes y reyes, de tal modo que deseen hacerle bien y teman causarle daño, no encontrará ejemplo más reciente que el de los actos de éste”.

De esta manera el Príncipe que sea capaz de superar las dificultades, de triunfar sobre sus enemigos y mantenerse en el poder sin trepidar en consideraciones de orden moral, demuestra virtudes de gobernante. Se aprecia cuán distinto es el concepto de la virtud cristiana en comparación con el que expresa Machiavello, para quien la palabra “virtu” se emplea “para indicar todo aquel complejo de aptitudes que permiten a ciertos hombres destacarse sobre la mediocridad general e imponer a las cosas el rumbo por ellos decidido”¹⁵.

Basado en el libre arbitrio del hombre y en su fuerza de voluntad, Machiavello estima que si bien es cierto los avatares de la fortuna son incontrolables en su origen, sus efectos pueden ser modificados o aprovechados mediante el ejercicio de su poder de decisión. Es la expresión de la virtud, que según Meinecke refiriéndose al concepto de Machiavello¹⁶, “es la fuerza viviente del hombre la que crea y conserva los Estados confiriéndoles su sentido de la eficacia...”

¹⁴ Maquiavelo, El Príncipe - Edic. cit. - Estudio Preliminar de Luis Arocena,

¹⁵ Maquiavelo, El Príncipe Edic. cit. - Estudio Preliminar de Luis Arocena pág. 75.

¹⁶ F. Meinecke, L'idea della ragion di stato nella storia moderna - citado por L. Arocena en op. cit. Pág. 91.

Es evidente que esta psicología de la eficacia en el poder puede llevar al gobernante a cualquier tipo de excesos en función de la razón de Estado. Y es en este punto precisamente donde el dictador se transforma en tirano, donde la magia del poder lo arrastra hasta transformar en razón de Estado todo lo que sea conservar y ejercer el poder por el poder. Su virtud lo llevará a vencer cualquier obstáculo, dejando de lado cualquier escrúpulo, haciendo trizas los principios morales, que pasan a utilizarse sólo para contentar el mundo de las apariencias, con tal de seguir bebiendo de la fuente del poder. La virtud maquiavélica es el motor que empuja y acomoda la fortuna de acuerdo con los requerimientos de la razón de Estado.

Esta trilogía, "virtu, fortuna, necessita" constituye el fundamento de la concepción maquiavélica del Estado, y si bien es cierto el insigne florentino no hizo otra cosa en sus escritos que recoger la experiencia histórica y sobre esas realidades elaborar su pensamiento político y extraer normas de conducta, no lo es menos que por ser el primero en exponer descarnadamente lo que todos con experiencia en el poder sabían que se hacía, elevó a la categoría de principios normativos y de ordenamiento sistematizado lo que antes sólo existía en el ámbito de la práctica.

Se puede concluir diciendo que a través de Machiavello los Príncipes nuevos han podido expandir irrefrenablemente la libido por el poder, amparados por su teoría política, que al fundamentar la tesis del "fin justifica los medios" han podido justificarse a sí mismos, aquietar su conciencia y proyectarse ante su pueblo como salvadores, sin ser otra cosa, las más de las veces, que simples tiranos entregados a la concupiscencia del poder.